

SALVADOR ESCUDERO

Salvador Escudero cultivaba la humildad. Era jalisciense y de San Gabriel. Entró a la Revolución porque le simpatizaba “la causa” y porque en ella encontró al hombre que fue su protector y amigo: Adolfo de la Huerta.

Escudero fue un vate exquisito, excelente sonetista y uno de los más inspirados bardos de la Revolución. Su vida fue humilde. Nunca aspiró a posiciones elevadas y si llegó a gobernador de Jalisco, fue por unos días y porque lo llevaron a la fuerza.

Fundamentalmente, Salvador Escudero fue un poeta.

Alguna vez nuestro gran poeta Enrique González Martínez, al hacer el elogio de otro bardo, me hizo esta confidencia:

—Es casi tan buen sonetista como Salvador Escudero.

Con esto, don Enrique expresaba su admiración por su contemporáneo, el valioso y modesto portalira nacido en San Gabriel, cerca de los linderos entre Jalisco y Colima. Escudero venía de aquella región en que nacieron otros dos distinguidos revolucionarios: Basilio Vadillo y Primo Villa Michel. Escudero fue un poeta exquisito, romántico y humilde. No buscaba ni creía merecer los elogios. Por inclinación natural escribía versos y no tenía que esforzarse mucho para recibir los efluvios de la inspiración. Era un hombre sencillo, bueno y amigable. En su afán de servir a los pobres, formó en las filas de la Revolución y mereció la confianza de jefes muy importantes. Un día comenzó a trabajar con Adolfo de la Huerta y desde entonces nunca se separó de él. Adolfo lo estimaba y sabía guardarle delicadas consideraciones.

Con De la Huerta, Escudero se fue a Veracruz a fines de noviembre de 1915. Allí colaboró en la Secretaría de Gobernación. Con una modesta ayuda oficial, Salvador publicó en el puerto una revista literaria. Le puso por nombre “Faros”, para presentar y enaltecer

continuamente la residencia oficial del Primer Jefe. Escudero desempeñaba funciones de secretario particular de De la Huerta y con ese cargo lo acompañó a la región del Bajío, a visitar al general Alvaro Obregón. Hicieron un viaje tan a tiempo, que en las cercanías de León les tocó estar entre las balas, en una de las más terribles acometidas de Pancho Villa. La acción se desarrolló el 22 de mayo de 1915 y se conoce con el nombre de “combate de Nápoles”. No acostumbrado a ese género de actividades, el vate Escudero pasó uno de los sustos más impresionantes de su vida y tuvo una de las experiencias que le dejó honda huella. Un hombre nacido para cantar las bellezas de su pueblo y al amor de recatadas doncellas, en los balcones coloniales de Guadalajara, había tenido que escuchar el ronco rugido de los cañones, los silbidos agudos y ululantes de las balas y tuvo también que pasar por el campo de batalla, poblado de cadáveres insepultos y por los hospitales en que se debatían con la muerte los soldados heridos en la lucha. ¡Dura jornada para un poeta de corazón sensible y de temperamento recatado y tímido!

*
* *

En los periódicos de Veracruz y en la revista “Faros” se publicaron muchos poemas de Escudero, que en su mayor parte eran sonetos bien forjados, pues sabía encerrar en los catorce versos ideas elevadas y conceptos dignos de la meditación. Sería difícil para mí recordar algunos poemas del vate, de aquella época feliz pasada en el atrayente puerto jarocho. Cantó a las cosas humildes y tuvo expresiones de simpatía para los pájaros y el buey cansino que sufre en la sementera. De las aves dijo:

Cómo envidio a los pájaros, me aflijo de no poder cruzar el firmamento...

En nuestros días no hubiese padecido ya tal envidia, pues el hombre ha encontrado la forma de traspasar el infinito. De los ruminantes más olvidados se expresó así:

El buey es resignado, el buey trabaja con rudeza y tesón... y se conduele de esos pobres seres que viven desolados, añorando su “época de celo y de bravía”.

Al pensar en la condición humana, que no ha podido sustraerse a la maldad y al engaño, cuando se pierden las esperanzas de que

desaparezca la guerra y siguen encumbrándose los malvados, sin otro argumento que su audacia, el vate Escudero lanzó esta exclamación angustiosa:

¡Qué estéril fue tu sangre, Nazareno!

Salvador Escudero fue un hombre en que resplandecían la verdad y la pureza de intención. Se esforzaba por ser útil a los demás y por no molestar a nadie. Nunca ambicionó tener posiciones de relieve y no le afectaba la falta de dinero. Vivía decorosa pero humildemente. Fue enemigo de la publicidad y ambicionaba que no se ocuparan de él. Cuando estuvo como diputado, en una de las legislaturas revolucionarias, sólo una vez subió a la tribuna y fue para defender las corridas de toros. Era un apasionado de la fiesta brava. Al comenzar su discurso, el vate pidió excusas por subir a la tribuna y tuvo este arranque de hombre sincero:

...me espanta la notoriedad.

Entre los numerosos sonetos magistrales de Salvador Escudero, hay uno que todavía conservo en la memoria. Se intitula: *Ya no te pido más, Naturaleza*.

Voy a transcribir solamente unos fragmentos de ese poema:

*...róbame mi bordón, mi pan, mi vino,
déjame mi dolor y mi tristeza.*

Más adelante insiste en su conformidad con la vida:

*Amor, oro y laurel, no los procuro;
ignorado, durmiendo en lecho duro,
no sé si la mujer engaña o besa.*

*
* *

Cuando De la Huerta fue gobernador de Sonora, allá estuvo su dilecto amigo Salvador Escudero. El vate vivió en una casa antigua, cerca del palacio de Hermosillo. De allí surgieron muchos de sus bellos poemas. Encantado con la vida hermosillense, se dedicó a

cantar el carácter de la gente fronteriza y los naranjos que dan su fisonomía peculiar a la capital de Sonora. Como era un romántico, le impresionó la belleza de las muchachas de aquella tierra y se propuso dedicar un soneto a cada una. Su obra quedó inconclusa. Al iniciar la serie, produjo una composición para todas las hermosillenses, que comenzaba así:

*Tienen vaivén de junco sus andares
y arrullos de cristal sus risas locas.*

Pero la obra capital de Salvador en Hermosillo fue un bello poema en seis sonetos, que mandó para unos juegos florales de la capital de la República, con este título: *No escuche quien no sabe de estas cosas*.

En la casa de aquella calle semioscura en que vivía, Escudero me recitó al anochecer la composición que acababa de enviar al concurso. Cada soneto se iniciaba con una frase capital: *No escuche quien no sabe de estas cosas / Tal vez la vio pasar esa montaña / Prefiero verla infiel antes que muerta / Corderilla evangélica y nevada*. Cuando terminó de recitar sus versos, que yo escuché con delectación al través de una reja de hierro, tuve la seguridad de que aquel poema iba a ganar el premio y le dije al vate:

—Te van a dar la flor natural.

Escudero no lo creyó. Al poco tiempo llegaron a Sonora las noticias de su triunfo. Toda la República aplaudía. Era su consagración. Sin embargo, él siguió con su inveterada modestia, considerándose apenas como un poeta provinciano. Reproduzco en seguida el primero de los seis sonetos:

*Como nadie, me siento solo y triste;
pienso en la vida y siento que la vida
no va a ninguna playa conocida,
ni sabe por qué hiere y por qué existe.*

*Qué huraño y silencioso me volviste,
esperanza de ayer desvanecida;
¡qué dolor tan punzante el de mi herida!
Como nadie, me siento solo y triste.*

*¿En dónde está mi ensueño tan florido,
dónde estará mi fe, a dónde ha ido
la novia infiel que de azucenas viste?*

*Si la sombra me huyó de sus pestañas,
oh muerte, ven a mí, tú nunca engañas.
Como nadie, me siento solo y triste.*